Las tradiciones y las costumbres

Ahora les alabo, porque en todo me recuerdan, y retienen las tradiciones, tal como se las entregué (1 Corintios 11.2).¹

Para poder llegar a conclusiones bíblicas sobre cualquier tema, debemos entender los elementos del idioma, el significado de las palabras, el uso apropiado de las formas gramaticales y la idea esencial del contexto. Estas son las herramientas, por medio de las cuales las ideas y los conceptos son transmitidos. Pablo escribió:

Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual (1 Corintios 2.11-13).

Hay dos principios importantes en estos versículos, los cuales son pertinentes a nuestro estudio del tema de la mujer cristiana. En primer lugar, Dios ha revelado sus pensamientos a hombres inspirados a través del Espíritu, con el fin de que nosotros podamos “conocer” las cosas de Dios. La palabra griega de la cual se traduce “conocer” que se encuentra en 1 Corintios 2.12, no es *ginosko*, la cual significa obtener conocimiento derivado de la

experiencia, o deducir con base en la razón. Proviene de la palabra griega *eidomen*, la cual significa ver o entender. En segundo lugar, Dios ha usado el término “palabras” (1 Corintios 2.13), *logois*, para revelar sus pensamientos o su mensaje. No podemos entender su mensaje, ni conocer la mente de Dios, basándonos solamente en el razonamiento humano o en las deducciones, sino que debemos depender de los significados de las “palabras”, los medios por las cuales Él se ha dado a conocer a sí mismo.

Basándonos en el hecho de que Dios nos ha comunicado sus pensamientos a través de “palabras”, nosotros debemos entender el significado de sus “palabras”, para poder “saber” las verdades que Él ha revelado. Por esta razón, algunas veces será necesario hacer estudios de palabras en este análisis, en el que buscamos entender la voluntad de Dios respecto a sus lineamientos para las mujeres.

LA TRADICIÓN Y LOS PAPELES DE CADA SEXO

Es frecuente que los que analizan el lugar de la mujer en la economía divina, mencionen la “tradicición” y “las prácticas tradicionales”. A menudo, los términos “tradicición” y “tradicional” se usan para dar a entender prácticas no vinculantes, las cuales han pasado de una generación a la siguiente. Hay grupos dentro de la sociedad, que algunas veces obligan a los demás a observar estas tradiciones.

Desde el punto de vista bíblico, una “tradicición” no es ni buena ni mala en sí misma, y el que se le considere “tradicición”, o no, no es suficiente para juzgarla. En la Biblia, la palabra “tradicición” (del

¹ Nota del traductor: Esta cita fue tomada de la NASB, y traducida al español, pues es la que usa el autor de este estudio y la que usa la palabra “tradiciones”, a diferencia de la Reina-Valera, la cual usa la palabra “instrucciones” en su lugar.

griego: *paradosis*) conlleva la idea de “aquello que es transmitido de una generación a otra”. La primera pregunta que hay que hacerse, es: “¿Quién lo transmitió?”. ¿Provino de Dios, o de los hombres? La segunda pregunta que debe hacerse es: “¿Ha legislado Dios ese aspecto?”. Las tradiciones sobre asuntos que Dios no ha legislado son neutrales en lo que a Él concierne. Las naciones, las familias, las comunidades, las escuelas, las congregaciones de la iglesia del Señor y otros grupos, pueden tener tradiciones, siempre y cuando éstas no hagan a un lado la palabra de Dios.

Toda *paradosis* —“tradicción” u “ordenanza”— que haya venido de Dios, le fue revelada a los escritores inspirados de la Biblia, y fue observada por los primeros cristianos y debe ser observada hoy día (1 Corintios 11.2; 2 Tesalonicenses 2.15, 3.6). Nadie debe tomar a la ligera estas tradiciones. Por otro lado, no debe observarse ninguna tradición introducida por hombres, que invalide mandamientos de Dios (Mateo 15.3–9; Marcos 7.6–13; Colosenses 2.9).

A las tradiciones hay que evaluarlas sometiéndolas a las siguientes pruebas: 1) ¿Fue transmitida esta tradición por Jesús? Si así ha sido, debemos observarla (Mateo 28.20). 2) ¿Condena Dios esta práctica? (Vea, por ejemplo, 1 Juan 5.21). Si así es, deberá ser rechazada. 3) ¿Ha expresado Dios su voluntad en lo que a la práctica de ella concierne? Si así ha sido, estamos restringidos por su voluntad. (Vea Hebreos 7.12–14). Si la voluntad de Dios no fuera restrictiva, su palabra no tendría importancia. Todo precedente que se encuentre en la Biblia debe considerarse vinculante y debe ser respetado por encima de las tradiciones humanas. 4) Si Dios no ha expresado su voluntad sobre un ámbito en particular, tenemos la libertad de aceptar o rechazar las tradiciones que surjan dentro de ese ámbito. (Vea Romanos 14.2–3).

LOS PAPELES DEL HOMBRE Y DE LA MUJER

Dentro de nuestras sociedades, los hombres y las mujeres tienen papeles tradicionales que deben desempeñar, los cuales cambian de una época a otra, y de un lugar a otro. Por otro lado, hay ciertos papeles que tal vez jamás cambien, pues están ligados a la composición fisiológica y emocional de los hombres y de las mujeres. En muchos aspectos, los hombres y las mujeres son idénticos, pero en otros aspectos son diferentes. Así fue como Dios los creó. Como Él es el creador, Él es el único que sabe cuál es la mejor organización para los papeles que ellos desempeñan y las relaciones que deben tener entre sí.

Aunque los hombres y las mujeres son diferentes y tienen responsabilidades muy propias de su condición, esto no influye en la actitud de Dios respecto al valor de ellos. Tienen el mismo valor delante de sus ojos. Dios les ha dado a los hombres y a las mujeres que cumplan diferentes papeles y responsabilidades con base en sus diferentes condiciones naturales.

TRADICIONES Y COSTUMBRES

Las costumbres y las tradiciones por lo general se clasifican en las mismas categorías. Los términos tienen significados parecidos: Una “costumbre” se define como “práctica observada por gente de un grupo o región en particular”,² y la “tradicción” se define como “lo que se transmite de una generación a otra, [especialmente] de modo oral”.³ Una costumbre puede incluir una práctica o procedimiento que prefiere una cultura o sociedad en su totalidad, porque esa es la forma como normalmente han hecho algo. Una tradición puede ser una práctica que se observa dentro de ciertos segmentos de la sociedad, porque ha sido transmitida de una generación a otra.

La visión bíblica de las costumbres se enmarca dentro de los siguientes principios:

1) Algunas costumbres deben ser puestas en práctica por los cristianos porque ellas son instituciones que obliga a cumplir la sociedad. Puede que la Reina-Valera sea la que mejor exprese el significado de 1 Pedro 2.13–14: “Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por Él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien”. El cristiano debe someterse a toda “institución [del griego: *ktisis*; el cual significa literalmente: “creación”] humana”. Esta palabra se estaría refiriendo a las leyes y las costumbres instituidas por los hombres que no quebranten las ordenanzas de Dios. (Vea Hechos 5.29).

2) Hay algunas costumbres que deben ser observadas por los cristianos según la cultura dentro de la cual vivan. El actuar así les aumentará las oportunidades de enseñarles a los perdidos de esa sociedad, aun cuando puede ser que las mismas prácticas no resulten beneficiosas en otra cultura. Cuando Pablo estuvo en medio de los gentiles, Él vivió como gentil; cuando estuvo en medio de los judíos, observó las costumbres judías (1 Corintios

² *The American Heritage Dictionary*, 3ra ed., s.v. “custom” (“costumbre”).

³ *Ibíd.* s.v. “tradition” (“tradicción”).

9.20). Al observar las costumbres de una u otra cultura, Él no actuó de modo contrario a las enseñanzas de Cristo (1 Corintios 9.21).

El modo de comportarse de Pablo se ilustra vívidamente en su decisión de circuncidar a Timoteo y de no circuncidar a Tito. Para que no se levantara obstáculo a la predicación del evangelio a aquellos judíos que sabían que Timoteo tenía un padre griego y una madre judía, Él circuncidó a Timoteo (Hechos 16.3). No obstante, se rehusó a dejar que la iglesia circuncidara a Tito, el cual no tenía antepasados judíos; la iglesia no tenía autoridad para coartar la libertad de Tito (Gálatas 2.3–5). La circuncisión de Timoteo le dio a Pablo oportunidades de predicarles el evangelio a judíos que no le hubieran escuchado si hubiera estado viajando con un compañero incircunciso. Por otro lado, el permitir que a Tito lo circuncidaran, hubiera significado enviarle un mensaje errado a la iglesia, dando a entender que las costumbres y leyes judías eran de observancia obligatoria por parte de cristianos gentiles.

3) Los cristianos no deben tomar parte en costumbres que son prohibidas por Dios. Aunque Pablo observó algunas de las costumbres de los gentiles, ni a Él y ni a otros cristianos les estaba permitido observar las costumbres de su corrupto vivir. Pedro escribió: “Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías” (1 Pedro 4.3). Las costumbres que violen las restricciones impuestas por Dios están prohibidas para el cristiano.

4) Hay costumbres que son neutrales. Lo que un cristiano haga en estos aspectos es simplemente una cuestión que pertenece al ámbito de sus preferencias personales. Los cristianos tienen la libertad de decidir si comen o no comen los alimentos que se acostumbran comer dentro de una sociedad dada: “El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido” (Romanos 14.3). Los cristianos tienen la libertad decidir si observan o no observan una costumbre en particular, siempre y cuando la causa de Cristo no se vea comprometida por su decisión.

5) Los cristianos pueden hacer que se arraiguen costumbres beneficiosas, pero ellas no son de observancia obligatoria. Tanto Jesús como Pablo acostumbraron ir a las sinagogas a enseñar la palabra (Lucas 4.16; Hechos 17.2). Fue bueno que ellos pusieran en práctica esta costumbre, pero tal proceder no es vinculante para los cristianos.

6) Hay algunas sociedades, las cuales tienen

costumbres que Dios ha mandado a los cristianos poner en práctica. Estas son vinculantes para los cristianos porque son mandadas por Dios, no porque sean costumbres de la sociedad. Los siguientes son ejemplos de costumbres de una cultura que fueron vinculantes para la comunidad cristiana:

a) Los judíos acostumbraban tener ancianos cumpliendo la función de líderes (Mateo 15.2; 16.21; Lucas 22.66; Hechos 4.5). También en las iglesias se constituyeron ancianos (Hechos 14.23; Tito 1.5).

b) Los judíos se reunían cada semana (Hechos 13.27; 15.21). Los cristianos también tenían reuniones semanales regulares (Hechos 20.7; 1 Corintios 16.2; Hebreos 10.25).

c) Entre los judíos eran necesarios dos testigos para poder resolver cualquier asunto (Deuteronomio 17.6; Mateo 26.60). Los cristianos deben también tener dos o más testigos que verifiquen algún hecho, o apoyen alguna acusación (2 Corintios 13.1; 1 Timoteo 5.19).

d) El matrimonio era una costumbre de los gentiles y de los judíos. Dios espera que vivan juntos sólo hombres y mujeres que están casados (Romanos 7.2–3; 1 Corintios 7.2, 9).

e) Los judíos tenían la práctica de los baños ceremoniales en agua para propósitos de purificación (Marcos 7.3–4). Dios demanda una sepultura en agua para recibir la sangre purificadora de Jesús (Marcos 16.16; Hechos 2.38; 22.16; Colosenses 2.12–13; Efesios 5.26).

El probar que algo era una costumbre dentro de una sociedad no hace que ello deje de ser mandamiento de Dios. Esto es así en lo que concierne al carácter vinculante del matrimonio, la inmersión para la purificación de pecados, la relación entre el esposo y la esposa, el papel de la mujer en la iglesia y cualquier otra práctica ordenada por Dios. El hecho de que Dios mandara algo que también era práctica cultural o costumbre comunitaria, no lo haría menos vinculante para los cristianos. Indiferentemente de lo que la sociedad haga o no haga, los mandamientos de Dios son vinculantes. Cuando Pablo dijo: “No os conforméis a este siglo...” (Romanos 12.2), Él se refirió a las prácticas pecaminosas de la sociedad; no estaba dando a entender que debíamos abstenernos de hacer algo que Dios ha mandado, porque ello sea una costumbre de la cultura. “El cristiano no puede desechar una enseñanza simplemente porque ella esté arraigada en la cultura de los tiempos”.⁴

⁴ Everett and Nancy Ferguson, “NT Teaching on the Role of Women in the Assembly” (“Enseñanzas del Nuevo Testamento sobre el papel de las mujeres en el culto”), *Gospel Advocate* (October 1990): 30.

Cuando la Biblia trata el tema del papel de la mujer y sus responsabilidades, no es a la cultura a lo que ella apela. Más bien, es al orden planeado por Dios para la creación, y a la ley de Dios, a lo que apela:

Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón (1 Corintios 11.8-9; vea 1 Timoteo 2.13).

... vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice (1 Corintios 14.34)

No son las costumbres lo que se expresa como el fundamento del papel que ella ha de cumplir.

Consideremos un ejemplo. Hay personas que han llegado a la conclusión, de que el “ósculo santo” era sólo una costumbre y que no es vinculante. Basados en este ejemplo, ellos han buscado la manera de desechar otros mandamientos de Dios, argumentando que son costumbres no vinculantes. Las declaraciones que conciernen al “ósculo santo” (Romanos 16.16; 1 Corintios 16.20; 2 Corintios 13.12; 1 Tesalonicenses 5.26), y al “ósculo de amor” (1 Pedro 5.14), regulaban la manera como el beso del saludo debía darse; el beso en sí no era un mandamiento. Dado que esa era la manera como comúnmente ya se saludaban unos a otros en aquella sociedad, Pablo no tuvo necesidad de mandar que los cristianos se saludaran unos a otros con un beso. El mandato fue dado para regular la *clase* de beso que debía darse unos a otros. Debía ser un “ósculo santo”, un “ósculo de amor”, no un beso sensual lleno de lujuria.

Un padre puede decirle a su hijo: “Maneja con cuidado”. Él énfasis no está en “maneja” sino en “con cuidado”. Como sabe que el joven va a estar manejando, el padre no le manda que maneje. El énfasis en la frase “con cuidado” se hace para instruirle sobre la manera *como* ha de manejar. Es lo mismo con el ósculo santo. El mandamiento no era que se “besaran”, sino que regularan el beso que comúnmente se practicaba en la sociedad.

Hay otros que han buscado la manera de desechar los mandamientos de Dios como simples costumbres, basándose en su interpretación del comentario de Pablo sobre el velo de la mujer, el cual se encuentra en 1 Corintios 11.2-16.⁵ Este pasaje no prueba que Dios les mandara a los cristianos observar costumbres. Las mujeres del

⁵ Vea los lecciones “Comentario de Neil Lightfoot sobre 1 Corintios 11” y “Comentario de J.W. McGarvey sobre 1 Corintios 11”.

mundo griego y romano, a diferencia de las mujeres del cercano oriente, usualmente no acostumbraban a llevar velo sobre sus cabezas. Richard Oster declaró:

Desde cierto punto de vista, todo lo que hay en las Escrituras refleja aspectos de cultura. Sean ósculos santos, inmersiones en agua o crucifixiones, estas doctrinas y prácticas se expresaron en varias culturas, a través de ellas y en el idioma de ellas. Dado lo anterior, es incorrecto oponer lo “cultural” a lo “vinculante” o “eterno”, pues algunas de las más fundamentales doctrinas de las Escrituras tienen “dimensiones culturales”. No estamos diciendo que nada del contenido de las Escrituras del Nuevo Testamento sea permanente, ni que todo lo sea. Más bien, lo que quiero decir, es que la manera más correcta de distinguir entre lo que es vinculante y lo que no lo es, del Nuevo Testamento, para hoy día, no constituye la base de una dicotomía entre la verdad y la cultura. Dado que toda verdad bíblica viene revestida en el ropaje de su cultura, uno estaría del lado más seguro, según parece, al reconocer que aquello que podría identificarse como cultura, podría, de hecho, ser todavía vinculante en el mundo moderno.⁶

LA TRADICIÓN Y LA REVELACIÓN

Todo estudio que busque determinar el propósito de Dios para la relación entre los hombres y las mujeres debe comenzar con la revelación. La experiencia, la costumbre y la lógica pueden dar con la verdad; no obstante, la base sólida sólo se puede encontrar en la palabra revelada de Dios.

Abordaremos este estudio con una cuidadosa consideración de las Escrituras relacionadas con el tema de la mujer. Haremos todo lo posible por evitar la especulación, las suposiciones inválidas y las conclusiones preconcebidas. El evitar las anteriores por completo sería pretender salirse de lo humano y entrar en lo divino; aunque esto es imposible, debemos tratar de ser tan objetivos como sea posible cuando abordamos un tema tan cargado de emociones y de prejuicios. La pregunta que todos debemos estar tratando seriamente de responder es: “¿Qué es lo que tiene Dios que decir acerca de este tema?”. Si hacemos que esta sea nuestra meta, vamos a estar llegando a las conclusiones correctas.

No debemos abstenernos de buscar la verdad sobre este tema con la excusa de que muchos intelectuales y eruditos están en desacuerdo. Si

⁶ Richard E. Oster, Jr. “Culture or Binding Principle—A Study of Head Coverings, Hairstyles, Etc. (1 Corinthians 11:16)” (Cultura o principio vinculante —un estudio del velo, los peinados, etc. (1 Corintios 11.16)), *Harding University 67th Annual Lectureship* (1990): 428.

dejamos que esto nos desaliente en nuestro estudio, jamás buscaremos la verdad sobre ningún tema. En casi todo tema que consideremos habrá estudios por parte de personas entendidas que opinan diferente entre sí. En la medida que avancemos en el estudio, debemos usar de amor entre unos y otros, y no tratar de hacer vinculantes para la conciencia de otra persona las conclusiones a las que hayamos llegado. Para poder conservar la unidad, tal vez tengamos que renunciar a nuestros derechos a cambio de que haya armonía, siempre y cuando las acciones de los demás no afecten nuestra relación con Dios.

CONCLUSIÓN

Si permanecemos en las palabras de Jesús, conoceremos la verdad (Juan 8.31–32). Esta debería ser nuestra manera de abordar todos los asuntos religiosos.

La manera correcta de abordar el aprendizaje

de la voluntad de Dios para los hombres y las mujeres es mediante un estudio de su palabra con una mente libre de prejuicios. Hagamos el esfuerzo sincero de entender la tradición de Dios y sus mandamientos en cuanto a las mujeres. La verdad está en la palabra de Dios, no en los mandamientos ni en las enseñanzas de los hombres (Tito 1.14; vea Colosenses 2.22). ■

ALIENTO PARA LAS MUJERES CRISTIANAS

La mujer cristiana es bondadosa en el hogar y dignificada en los negocios al mostrar el decoro de su cultura. Ella puede ser la sal de la sociedad en la que vive, siguiendo, en primer lugar, la voluntad de Dios, y, en segundo, las prácticas que son de buen gusto en su comunidad. Siempre y cuando las costumbres de su sociedad no violenten los mandamientos de Dios, la mujer cristiana debería observarlas.

Las profetisas de la Biblia

La Biblia menciona a cinco mujeres como profetisas: Dos fueron verdaderas profetisas: a Hulda (2 Reyes 22.14; 2 Crónicas 34.22), y a Ana (Lucas 2.36), y dos fueron falsas profetisas: a Noadías (Nehemías 6.14) y a la Jezabel apocalíptica (Apocalipsis 2.20). No se mencionan el nombre de la esposa de Isaías, a la cual se le llamaba profetisa (Isaías 8.3), ni el de las hijas de Felipe (Hechos 21.9), las cuales profetizaron durante los primeros días de la iglesia.

A Hulda la consultaban en privado representantes del rey (2 Reyes 22.14–20; 2 Crónicas 34.22–28). No hay versículo que indique que ella tomara el liderazgo en asuntos espirituales ni que le dirigiera la palabra a la congregación del pueblo de Dios.

Ana estaba continuamente en el templo. Después de ver al bebé Jesús, ella “hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Lucas 2.38b). Nos se nos dice cuán largas son sus profecías, ni el lugar que ocupara en el templo, ni si ella le profetizaba a individuos o a grandes reuniones de personas. Las mujeres podían entrar en el atrio de las mujeres, pero no podían pasar más adentro en el templo, donde sólo los varones israelitas, purificados mediante ceremonias, eran los que podían entrar. Podemos suponer que Ana profetizara en forma regular, pero no podemos probar que las profecías de ella fueran más que declaraciones acerca del

nacimiento del Mesías, dichas a los que pasaban por allí. En la Biblia no hay indicios concluyentes en el sentido de que ella profetizara al frente de asambleas formales, ni de que lo hiciera como parte de los servicios del templo.

No hay suficiente información en cuanto a la esposa de Isaías, que nos ayude a entender lo que ella hacía. Ella podía haber sido llamada profetisa simplemente porque era la esposa de un profeta, de lo contrario, podía haber profetizado. Si ella profetizaba, no sabemos qué era lo que profetizaba, ni dónde, ni cuándo ni a quién lo hacía. Lo mismo se puede decir de las hijas vírgenes de Felipe.

Las únicas palabras proféticas pronunciadas por una profetisa, que se encuentran en la Biblia, son las de Hulda (2 Reyes 22.14–22) y las de María (Éxodo 15.20–21). Estas profecías no fueron dirigidas a una asamblea pública de hombres y de mujeres. No tenemos información acerca de alguna profetisa que escribiera palabras proféticas. No hay palabras bíblicas que indiscutiblemente declaren, que alguna mujer, ya sea del Antiguo, como del Nuevo Testamento, le dirigiera la palabra a una reunión pública, formal, con fines religiosos, del pueblo de Dios. Dios usó a hombres para que les dirigieran la palabra a congregaciones del pueblo de Dios y para que escribieran las Sagradas Escrituras.